

Séptimo Domingo del TO A2020

Las lecturas de este domingo hablan de la moral cristiana. Muestran que el fundamento de la ética cristiana es la ley del amor. Nos invitan a imitar a Dios en todas nuestras acciones y a amar como él lo hace.

La primera lectura describe la recomendación de Dios a Moisés de que el pueblo de Israel lo imite en santidad. También muestra la prohibición de Dios de que practiquen odio, venganza y rencor. Finalmente, destaca la importancia de la ley del amor.

Lo que este texto nos enseña es que la singularidad de la ética cristiana se deriva de nuestra relación con Dios. Otra idea es que los que pertenecen a Dios tienen que imitarlo en su comportamiento. La última idea está relacionada con la certeza de que la base de la ética cristiana es la ley del amor de Dios y del prójimo.

Este texto nos ayuda a entender mejor el punto del Evangelio de hoy en que Jesús da los principios de conducta correcta a sus discípulos. En primer lugar, el Evangelio da un informe sobre el discurso de Jesús en cual contrasta la ley de proporcionalidad con la de resistencia pasiva; la de violencia con la de no venganza y propone practicar la generosidad hacia los necesitados.

Segundo, el Evangelio describe la declaración de Jesús con respecto al amor al prójimo y a los enemigos y la necesidad de orar por nuestros perseguidores en lugar de odiarlos o vengarse. Finalmente, el Evangelio da la razón por la cual Jesús invita a sus discípulos a no vengarse al referirse a Dios que es santo, perfecto, misericordioso y generoso, y los que siguen a Dios tienen que imitarlo en todo.

¿Qué aprendemos de este Evangelio? Hoy quiero hablar de la ética cristiana. Llamo ética el arte de la conducta correcta que define lo que es bueno a hacer y lo que es malo a evitar. Este arte está regulado por las leyes que están escritas principalmente en la conciencia humana para que, al seguirlo, cada pueda actuar moralmente de manera responsable.

Es por eso que en cada sociedad en el mundo las personas pueden determinar lo bueno de lo malo y actuar en consecuencia siguiendo su conciencia. Esta referencia a la conciencia humana ayuda a comprender lo que llamamos la ley natural por la cual se supone que los seres humanos tienen la capacidad de distinguir lo correcto de lo incorrecto y, por lo tanto, son moralmente responsables.

Sin embargo, el reconocimiento de la conciencia humana no es suficiente porque puede ser fácilmente oscurecida por la pasión y la emoción. Además del hecho de que existe el riesgo de hacer que los principios morales sean subjetivos, también existe el riesgo de hacer que la pasión y la emoción de uno sean la medida de la justicia.

Si es así, cada persona se haría justicia a sí misma cada vez que haya un conflicto o un violador justificaría sus malos actos al referirse a su conciencia. Esta es una de las razones por las cuales las sociedades han llegado a la idea de regular el comportamiento moral de sus ciudadanos a través de las leyes codificadas.

Para evitar la venganza y las represalias, Israel, como muchas sociedades de su tiempo, había adoptado la ley de proporcionalidad. Esta ley estipula que el castigo que se debe dar en caso de mal comportamiento debe ser proporcional a la falta cometida. Esto explica la máxima "ojo por ojo" y "diente por diente".

Sin embargo, un examen de este principio muestra que, en lugar de establecer justicia, la ley de proporcionalidad es, de hecho, un tipo de venganza permitida. Porque si el que rompe la pierna de una persona debe tener su propia pierna rota, ¿qué tipo de justicia es?

Es aquí que el Evangelio de hoy tiene sentido. Para Jesús, de hecho, la conciencia humana no puede ser un fundamento exclusivo de la ley moral, sino Dios quien es la realidad última. Además, a causa de que Dios es perdón y misericordia, los que creen en él tienen que jugar la carta de no resistencia, no venganza y no represalia con respecto a los que los perjudican. También, a causa de que Dios es amor, los que creen en él tienen que imitarlo en su perfección. Por eso, Jesús insiste en amar a los enemigos y rezar por los perseguidores.

¿Es esta exigencia de Jesús poco realista? No. Déjame explicarte. De hecho, para entrar en la visión de Jesús, debemos distinguir lo que llamamos amor filial del amor conyugal. El amor filial es lo que existe entre los hijos y sus padres, y el amor marital es lo que existe entre los cónyuges. El sentimiento que impulsa el amor filial es el afecto. Está profundamente arraigado en el corazón humano a tal punto que nadie pueda evitar amar a sus propios hijos. El sentimiento que impulsa el amor marital es la pasión. Está arraigado en el corazón humano hasta el punto de que nadie puede evitar enamorarse.

Cuando Jesús habla del amor de los enemigos, no es el amor filial o marital. A diferencia de estos, el amor a los enemigos es un acto de la voluntad. Se necesita un poco de buena voluntad para que suceda. Uno tiene que traer no solo el corazón, sino también la cabeza, para que pueda ser conquistado por el instinto natural de resentimiento contra los enemigos.

La pregunta aquí sería: ¿por qué debemos amar a nuestros enemigos y orar por nuestros perseguidores? Primero, a causa del ejemplo de Dios mismo. No hace una distinción entre los criminales y los inocentes. De igual manera hace salir el sol sobre los malos y los buenos. Hace que la lluvia caiga sobre los justos y los injustos. En este sentido, los que creen en él deben comportarse como él e imitarlo.

En segundo lugar, a causa de nosotros mismos. De hecho, como seres humanos, todos cometemos errores hacia los demás e, incluso, pecamos contra Dios. Sin embargo, todos queremos que las personas nos perdonen, así como queremos que Dios nos conceda su misericordia. Si es así, debemos hacer lo mismo con nuestros enemigos.

Tercero, a causa de la diferencia entre nosotros y los paganos. Como dijo Jesús, la gente debería mirar nuestras obras y glorificar a Dios. Si nuestras obras no pueden ser diferentes de las de los paganos, entonces, hay un problema con nuestra fe. Es por eso que Jesús quiere que seamos diferentes y actuemos de manera diferente.

Pidámosle a Jesús que nos haga comprender que somos el templo de Dios. Y por esta razón, tenemos que imitar a nuestro Padre en el cielo amando a nuestros enemigos y perseguidores. Dios los bendiga a todos!

Levítico 19: 1-2, 17-18; 1 Corintios 3: 16-23; Mateo 5: 38-48



Fecha de la Homilía: el 23 de Febrero, 2020

© 2020 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20200223 homilia.pdf